

LA CASA DE LAS ORQUÍDEAS

Je suis né dans une île amoureuse du vent
Où l'air a des odeurs de sucre et de vanille
Et que berce au soleil du tropique mouvant
Les flots tièdes et bleus de la mer des Antilles.

Daniel Thaly, «L'île Lointaine»¹

¹ El epígrafe de la novela es la primera estrofa de un poema de Daniel Thaly, «L'île Lointaine» («La isla lejana»), incluido en su colección *Le Jardin des Tropiques* (1911): «Yo nací en una isla enamorada del viento / Donde el aire lleva esencias de azúcar y vainilla / Arrullada bajo el sol de un trópico inquieto / Por las olas cálidas y azules del mar de las Antillas» (trad. Lizabeth Paravisini-Gebert).

LOS DÍAS ANTERIORES

CAPÍTULO PRIMERO

LA SEÑORA Y EL SEÑOR

ESTA tarde ha venido a verme la señora. Venía con la noticia y con los pocos chelines que me ha dado fielmente, incluso en épocas en las que casi no había dinero en la casa. Hace mucho que apenas hay para pagarle el sueldo a Christophine y para darle algo al señor Lili-poulala cuando llega el barco del correo. Pero ahora que ha muerto el marido de la señorita Natalie y ella es rica, la señora y el señor han vendido la casa de la ciudad y han pagado sus deudas. La señorita Natalie ha comprado la finca del viejo señor y se la ha regalado a sus padres. Lo ha hecho todo por carta; todavía no ha venido a verlos y las otras hijas están lejos: la señorita Stella está en América y la señorita Joan en Inglaterra.

Es la primera vez que baja la señora desde que se mudaron a L'Aromatique y es la primera vez que la veo con cara de felicidad desde la boda de la señorita Natalie. No puedo decir que la señora haya estado triste alguna vez, porque ella no es así. Ha vivido casi toda su vida bajo el sol de aquí, tiene la cara un poco morena y sin arrugas, como las caras de los que vienen de visita desde la ciudad. Tiene el pelo de ese color castaño, que es casi negro y unas seis canas. A todos nos cuesta creer que la señora sea abuela. Hace veintiocho años a mí ya me costó creer que fuera madre.

Me habían dicho que la joven de Maison Rose necesitaba una niñera para su primer bebé, pero me fue difícil encontrar el camino. Yo acababa de llegar de Montserrat², ya tenía una edad y, como soy una negra³ inglesa orgullosa de su piel, no una francesita católica que presume de unas gotas de sangre blanca, como Christophine, no entendía bien la forma de hablar⁴ en esta isla. Por fin encontré Maison Rose. Al abrir la puerta del jardín de un tirón, sonó una gran campana y salió al balcón una joven con trenzas y sonrió. Así que subí la escalinata de piedra que llevaba a su salón, pues no era en absoluto una de esas damas orgullosas que hacen esperar a la gente en el vestíbulo como si fueran unos mendigos. Entonces pregunté por la señora y ella dijo: «Yo soy la señora de esta casa». No me lo podía creer, así que se fue a otra habitación y volvió con una cesta en la que había un bebé. Era la señorita Stella. Miré la cesta y vi que venía de fuera, no la habían hecho los caribes⁵, y allí,

² La isla de Montserrat está situada al norte del archipiélago caribeño, entre San Cristóbal y Guadalupe. Avistada por Colón en 1493 durante su segundo viaje a las Américas, la isla recibió ese nombre porque su orografía le recordaba a la montaña de Montserrat. Sus orígenes como colonia europea se remontan a la ocupación irlandesa, que tuvo lugar durante el siglo XVII. Tras breves interludios en manos francesas, se consolidó como colonia británica, manteniendo un estatus de dependencia británica en la actualidad.

³ *Negress* en el original. Era una forma habitual de referirse a las mujeres negras en la época y no se consideraba despectivo, como sí lo era *nigger*. A los hombres se les llamaba *negro*. *Coloured* (de color), sin embargo, significa ‘mulato’ o ‘mulata’ y así se ha traducido. (*N. de la T.*)

⁴ Lally se refiere al predominio lingüístico y cultural francés característico de la isla de Dominica, fuertemente arraigado a pesar de dos siglos de dominio británico. Véase Introducción.

⁵ Nombre que Colón dio a los habitantes de las islas. Se cree que el nombre deriva del término *caniba* o *canima*, que los indígenas taínos que habitaban las Antillas Mayores usaban para referirse a gentes enemigas, y que en español escrito evolucionó a ‘canibal’, ‘caribi’ o ‘caribe’. Los antepasados de estos pueblos eran comunidades amerindias que, desde hacía cinco milenios antes de Cristo, habían estado emigrando en canoa a las

tumbada sobre un cojín, estaba la niña más bonita que había visto jamás. Entonces la joven sacó a la niña de la cesta de una manera muy torpe y no pude evitar quitársela para enseñarle cómo se hacía. Desde ese momento quise a la señora y a la señorita Stella, y supe que no las abandonaría hasta que dejaran de necesitar mis cuidados.

Al principio, Christophine y yo discutíamos. Christophine había sido cocinera en Maison Rose desde el día de la boda y era muy partidaria del señor, pero yo no tardé en darme cuenta de que el señor sería complicado y traería problemas. Yo podía haber avisado a todos mucho antes de que la guerra⁶ lo obligara a marchar y mucho antes de que volviera en el estado en el que volvió.

La señora se ha sentado en mi casa de una sola habitación y me ha contado por qué estaba tan alegre.

—Lally, vienen las niñas de visita —ha dicho—. Imagínate, vamos a volver a verlas después tanto tiempo. Llevamos semanas haciendo planes por carta. Y ahora parece que se hace realidad.

—Ha pasado mucho tiempo —he respondido.

—Ya sabes por qué —ha dicho la señora—. Lo sabes, Lally.

La señora tenía razón. Lo sabía todo, porque ella nunca me ha ocultado nada. Sabía que la señorita Stella y la señorita Joan se habían casado con hombres pobres y habían tenido hijos, y que la señorita Natalie se había casado con

islas, procedentes de la región del delta del Orinoco de Venezuela, comenzando por la isla que ahora se conoce como Trinidad. Aunque Lally emplea el término convencional, el nombre nativo *kalinago* es más adecuado para referirse a los caribes de Dominica. La cestería es un producto artesanal típico de los kalinagos, elaborada con caña de guaruno (*Ischnosiphon arouma*) y que tradicionalmente tuvo importantes usos domésticos.

⁶ Alusión a la Primera Guerra Mundial, en la que participó Francis Shand, el padre de Phyllis Shand Allfrey, en el cual está inspirado el personaje del señor. Véase Introducción.

el viejo y rico sir Godfrey, pero antes de que pudiera tener un hijo había ocurrido algo terrible, el coche se había despeñado y sir Godfrey había muerto.

—¿Y cómo te encuentras, Lally? —ha preguntado la señora—. ¿Un poco más fuerte?

—Me encuentro mejor que nunca —he dicho. Porque sabía lo que me iba a pedir y la alegría me ha quitado el dolor de estómago y la rigidez de las piernas. Voy a cuidar de los nietos de la señora antes de morir. Voy a volver a ver a las señoritas Stella, Joan y Natalie.

—He traído una botellita de vino —ha dicho la señora—. ¿Tienes un par de vasos? —Yo estaba feliz de enseñarle a la señora la cantidad de vasos que tengo en el armario, incluso guardo la cacatúa de porcelana que me regaló la señorita Joan y todos los frascos vacíos de las medicinas que me recetó el viejo señor. La señora ha levantado la vista y ha descubierto la foto del viejo señor, recortada del periódico y pegada encima del armario—. Christophine lo ha colocado entre la Virgen María y san José, pero no sé si no estaría mejor solo —ha dicho.

—Siempre ha sido de los que están solos —he respondido.

—Lally —ha dicho la señora, después de que las dos diéramos un sorbo de vino y nos quedáramos un rato pensando en cosas del pasado—, las chicas quieren que subas a L'Aromatique y cuides de sus hijos el tiempo que estén allí. Dicen que no confiarían sus hijos a nadie más que a ti. ¿Crees que podrás? Recuerda que hace ya mucho tiempo que tú y yo no tenemos niñas pequeñas a las que cuidar. Lally, por favor, no te pongas triste si no te sientes con fuerzas.

—Puedo hacerlo sin ningún problema, señora —dije—, si me ayuda Baptiste.

(Baptiste es el hijo de Christophine: un chico atolondrado y huraño, pero mañoso. Es el que me trae las noticias de la familia y los escasos chelines todas las semanas.)

La señora se ha alegrado de que me sintiera capaz de ir. Se ha marchado al cabo de un rato y me ha dejado media

botella de vino para animarme a ver a las niñas. La he metido en la bolsa de la costura, en la que solía llevar la ropa interior rota de las pequeñas, he cerrado la puerta de mi casita de una sola habitación y he salido despacio, caminando junto al seto de hibiscos hasta las puertas del Jardín Botánico⁷. Al llegar, me he sentado bajo el gran *shak-shak*⁸, en el mismo banco que había hace años. Ahí nos sentábamos Mimi Zacariah y yo a ver jugar a nuestros niños mientras charlábamos y cosíamos. Mimi Zacariah era la niñera del señorito Andrew. Me he sentado bajo el *shak-shak* y me he puesto a dar vueltas a una gran cantidad de cosas que había mantenido alejadas de la cabeza durante meses y, de vez en cuando, he dado un sorbo de la botella.

Mimi Zacariah está muerta y muchas otras se han casado con extraños y se han marchado, pero el señorito Andrew, o lo que queda de él, sigue en la isla, vive en Petit Cul-de-Sac. Mimi y yo teníamos grandes peleas y rivalidades por nuestros pequeños. Ella decía que el señorito Andrew era el niño más guapo de las islas, con sus ojos castaños y sus rizos oscuros, y yo decía que los rizos y los ojos castaños no eran nada extraordinario en un lugar donde los ojos castaños y los rizos son algo tan corriente, que no se consideran algo bello. Entonces yo llamaba a la señorita Stella para que se acercara y le

⁷ El Jardín Botánico de Dominica se creó a partir del año 1889. En el siglo XIX los jardines botánicos experimentaron un gran auge debido a la expansión del imperio, que los surtía con especies de diferentes partes del mundo que eran científicamente clasificadas. En las islas, estos jardines se usaban para experimentar con nuevas especies para diversificar los cultivos tras el declive del azúcar, pero también tenían una función social con plantas y árboles ornamentales (como el *shack-shack*, o árbol del viajero) y zonas recreativas, frecuentadas por padres y niñeras, como se puede observar en esta escena. Era un espacio característico de la sociedad colonial.

⁸ *Shack-shack*: es el framboyán de Madagascar, cuyas vainas maduras se utilizan como instrumentos de percusión que se llaman *shak-shak* y son como unas maracas. En el Caribe, *shack-shack* o *shak-shak* también puede querer decir sonajero. (*N. de la T.*)

acariciaba el pelo; decía que menos mal que no había peligro de que hubiera cabezas rizadas en la familia de la señora y el señor. Pero Mimi y yo estábamos de acuerdo en que sería bonito que el señorito Andrew se casara algún día con una de mis niñas, con la señorita Stella, tal vez, que era de la misma edad, o con la pequeña, la señorita Natalie, que lo seguía a todas partes como un cachorro. La señorita Joan y el señorito Andrew se pegaban, se daban patadas, se arañaban y se insultaban en cuanto tenían ocasión. Antes de que Mimi muriera el año pasado fui a verla y, en su lecho de muerte, le dije que nunca había habido en el mundo un chico tan guapo como el señorito Andrew. Le dije que el chico se iba a curar y se iba a casar con una buena joven, pero creo que no me oyó, porque no abrió los ojos, ni volvió a hablar.

Los niños decían que el Jardín Botánico era «La estación». Los únicos trenes que conocían eran los de juguete y nunca habían visto una estación, así que estaban convencidos de que tenía que ser el lugar mejor y más emocionante del mundo. Decían que Mimi Zacariah y yo éramos los trenes; traíamos a los niños a La estación y nos los volvíamos a llevar justo cuando empezaban a divertirse. No creo que yo alcance a ver un tren ni una estación en esta vida, pero sigo pensando que ninguna estación puede ser tan hermosa como estos jardines que se extienden bajo la colina, las montañas azules que se alzan al fondo, y los viveros de plantas jóvenes y árboles de vainilla y cacao que recorren la hondonada hasta la mitad de la colina. En este mismo momento, la señorita Stella y la señorita Joan estarán caminando por la nieve y la niebla, pero en estos jardines no hay más que dos árboles que pierden las hojas y, aunque a veces la hierba se pone amarilla y marrón en época de sequía⁹, la mayor parte del tiempo es

⁹ Aunque la lluvia está presente a lo largo del año, el clima caribeño se caracteriza por la alternancia entre una estación seca y una estación húmeda. En Dominica, los meses de febrero y marzo son los más secos, y julio el más lluvioso.

un lugar verde, verde salpicado de los colores de las flores como joyas.

Me doy cuenta de lo bonito que es ahora que soy vieja y tengo un tumor dentro; tumor que al viejo señor le hubiera encantado extirparme en su quirófano nuevo y reluciente. Pero nadie me va a obligar a cruzar ese umbral, sea moderno o no. Habría acudido a él en sus inicios, cuando contaban que amputaba piernas con un cuchillo de cocina hasta que empezaron a llegar los equipos: y, a pesar de todo, un único caso de septicemia y otro de gangrena en su contra. Pero el viejo señor ya no está y yo me llevaré mi problema a la tumba antes que ponerme en manos de uno de esos jóvenes pretenciosos. Cuando era la niñera de las pequeñas, no tenía tiempo de enfermar ni de ver lo bonito que era todo. De todos modos, cuando trabajas para gente blanca a la que quieres, no puedes pensar más que en ellos y sus necesidades, apenas te fijas en nada más. En aquella época ni siquiera prestaba atención a mi propia gente, a los negros, pero ahora los observo y veo lo que les pasa. Veo lo pobres que son, veo a los bebés con los estómagos hinchados por el arrurruz¹⁰, veo las manchas de las enfermedades en los brazos y las piernas. Eso lo vio el viejo señor y luchó para ponerle fin desde el momento en que pisó el muelle por primera vez con su sombrero panamá. Nunca lo olvidó. Cuando invitaba a los amigos ingleses y americanos que se dejaban caer desde yates o cruceros para ver sus orquídeas y sus jardines, el viejo señor les decía muy serio: «Venid a ver la otra cara de la moneda. Venid a las callejuelas». No creo que los visitantes quisieran conocer las callejuelas, sobre todo cuando iban con damas muy arregladas y con ropa preciosa.

Ninguna dama tuvo jamás vestidos tan hermosos como los de la señora americana que se llevó a la señorita Stella

¹⁰ El arrurruz es una planta de cuyas raíces se extrae una fécula muy nutritiva. La palabra podría tener origen amerindio, del guaraní *arari*, 'almidón', o del warau *aru*, 'raíz de mandioca'.

a América. Ay, ¡y qué cara tan bonita la suya! Más bonita y amable que la cara de esa virgen de Lourdes que tiene Christophine. Todo ocurrió de una manera tan fácil y rápida. El viejo señor les enseñó los jardines: él iba con su amigo y la señorita Stella caminaba al lado de la hija del amigo, pues era la nieta mayor y la señora americana era bastante joven. Así que mientras la señorita Stella caminaba junto a la joven desconocida, surgió una chispa entre ellas, se sentaron en la hierba y la dama americana preguntó a la señorita Stella sobre su vida. La señorita Stella dijo: «Soy muy infeliz, me gustaría marcharme de aquí, por favor, ayúdeme a marcharme cuanto antes». Entonces la señorita Stella le habló a la señora americana del señor Lilipoulala.

Recuerdo el primer día que las niñas tuvieron miedo de algo. Pasamos por delante de la carpintería y el carpintero tuerto y paralítico estaba sentado a la puerta. La señorita Joan iba dando saltitos delante de mí y las otras dos nos seguían detrás, como patitos, con vestidos de muselina blanca y sombreros, también de muselina blanca, forrados de seda roja para protegerlas de la insolación. De pronto, la señorita Joan vio al carpintero tuerto, se detuvo y gritó. Se sentó en el polvo del camino, frente a la tienda y lo miraba fijamente y gritaba. Sus hermanas se acercaron y se quedaron ahí con cara de susto.

—No llore, señorita Joan —le dije—. Es papá Poulet, el carpintero. Él no tiene la culpa de tener ese aspecto.

—Tiene ese aspecto porque es malvado —gritó la señorita Joan.

—No, no lo es —dijo la señorita Stella, aunque también estaba asustada. La señorita Natalie era demasiado joven para hacer otra cosa que llorar—. Levántate, Joan; el abuelo va a curar a papá Poulet —dijo la señorita Stella.

Pero la señorita Joan dijo que su abuelo nunca podría curar a alguien así de malvado, con una mirada tan aterradora en un solo ojo.

Con el señor Lilipoulala fue diferente: al principio parecía un hombre gracioso. Las niñas decían que parecía un plátano que se había quedado al sol y estaba cubierto de lunares negros. Tenía una cara larga, amarilla y secreta, pero no era feo, y nadie sabía a qué se dedicaba, solo que venía de Port-au-Prince¹¹. Era bajito; iba ataviado con un abrigo negro de alpaca y pantalones negros, como el empleado de un bufete de abogados, y llevaba un pequeño maletín de cuero negro. La primera vez que vino a ver al señor entregó en la puerta una tarjetita impresa que decía: H. Lilipoulala, Comerciante de cigarrillos. Eso fue hace muchos años y, aunque desde entonces he visto al señor Lilipoulala más veces de lo que me gustaría, solo sé de él lo que pone en la tarjeta; ni siquiera sé qué significa la H.

Lo único que espero de todo corazón es que no venga a ver al señor en el mismo barco que la señorita Stella y su hijo. Porque si la señorita Stella viera al señor Lilipoulala paseando por la cubierta a media luz, se desmayaría, se caería por la borda y su niño se quedaría sin madre. Pero es posible que la señorita Stella se haya convertido en alguien valiente, como su madre. Tal vez ha superado los días en los que venía sollozando y asustada a mi cama y lloraba sobre mi camisón de franela mientras me contaba que había visto al señor Lilipoulala entrar por el ojo de la cerradura, que no era un hombre, sino un espíritu maligno envuelto en una piel de plátano. Sí, espero que ahora sea tan valiente como la señora.

No quiero decir que siempre me hiciera feliz ver a la señora tan valiente. A veces pensaba: «Si la señora fuera la débil por una vez y organizara una zapatiesta, si necesitara que la apreciaran... Si la señora hubiera sido la débil desde el momento en que la vi con trenzas y con la señorita Stella

¹¹ Port-au-Prince es la capital de Haití.

en brazos, su vida y la de las niñas habría sido diferente. Puede que nunca hubiéramos conocido al señor Lilipoula-la y la señorita Stella no hubiera tenido miedo».

Pero así son las cosas, sería como intentar vaciar el lago Hirviente¹² o partir en dos el cabo Rodney¹³, por más que queramos, la señora nunca será la débil. Siempre ha sido tan decidida y resuelta que era normal que la gente débil y egoísta se apoyara en ella. Incluso se podría decir que ella atraía a los débiles. He estado pensando que es muy típico de la señora no mencionar si la señorita Stella y la señorita Joan vendrán con sus maridos o no. Solas o acompañadas, ¿le importaría a la señora? Ella no querría que los demás pensaran que sus hijas no eran capaces de estar solas, como lo estuvo ella todos esos años mientras el señor luchaba en la guerra y después. No querría que alguien creyera que necesitaban un hombre que las mantuviera y las cuidara. Nunca les faltaría un hombre, no había más que verlas desde pequeñas. Pero, con hombres o sin ellos, eran hijas de la señora y eso significa que sabían cuidar de sí mismas.

Estoy pensando en los tiempos de la guerra cuando llegaban los telegramas y yo me encargaba de abrirlos; así, si llegaba la peor noticia, se la podía leer en voz alta a la seño-

¹² El Boiling Lake de Dominica es un lago natural o fumarola. Tiene forma de cráter y está en una zona volcánica, por lo que se cree que hay una grieta que deja salir los gases de la lava que hay bajo tierra. El agua no siempre está hirviendo, pero está prohibido bañarse porque puede empezar a hacerlo en cualquier momento y puede alcanzar los 82 grados Celsius. (*N. de la T.*)

¹³ El cabo Rodney es el nombre con el que se conoce popularmente a Tarou Point, una formación rocosa de origen volcánico situada en la costa oeste de Dominica. Los franceses conservaron el nombre amerindio del lugar, inspirado en el ave de cola blanca que frecuenta sus acantilados, el *tarreau* o rabijunco (*Phaethon lepturus*). Sin embargo, los ingleses lo nombraron así en honor al almirante George Rodney, el artífice de la victoria inglesa en la batalla de los Santos (1782), que devolvió la isla a manos británicas.

ra. «Es del señorito Kenneth», le anunciaba, o: «Han herido al señorito Rufus. No es grave». O decía: «Ha muerto el señorito David». Las tres niñas se arremolinaban a mi alrededor. Y, mientras yo abría el sobre, la señora me lanzaba una mirada de terca valentía con la que me retaba a contarle todo lo que no podría soportar.

CAPÍTULO 2

CUANDO EL SEÑOR VOLVIÓ A CASA

RECUERDO muy bien el día que el señor volvió a casa. La señorita Stella y la señorita Joan estaban jugando con su cachorro en el camino de baldosas de Maison Rose. La señorita Joan lo había comprado el día anterior por tres chelines y seis centavos. La señora siempre les había dicho que no podían tener un perro en Maison Rose. «Si viviéramos en L'Aromatique, con el abuelo, sería distinto», decía. «Este jardín es demasiado pequeño, está demasiado lleno de flores y de gatos y gallinas que no son nuestros». Pero las niñas pensaron que, con tanto alboroto, su madre no se daría cuenta de que había un cachorro.

Era una época del año preciosa. Los muros del jardín estaban cubiertos de flores blancas de jazmín que, según los turistas, eran más delgadas y puntiagudas que las del norte y tenían un aroma más dulce. Aquella mañana estuve ocupada poniendo orden en los viejos establos, donde ya no había caballos, sino cunas viejas, botellas de vino, un tendedero y un cochecito. La señorita Natalie dormía bajo su mosquitera en el piso de arriba. Las dos mayores estaban sentadas sobre las baldosas y jugaban con el cachorro. Hasta ese momento fingí que no lo había visto. Se lo había vendido la hermana de Mimi Zacariah. Oí a la señorita Joan imitando el acento de la familia Zacariah en la puerta de atrás: «Nadie sabe de

quién viene siendo, *disen* que un perro que *orvidó* el barco correo y recogió a la *vuerta*. Su madre, una cacho perra de cola larga». La señora siempre decía que se alegraba de que yo fuera una negra que había aprendido inglés en la escuela, que no decía palabrotas como la familia Zacariah o incluso Christophine. Christophine estaba echando una mano planchando la ropa interior de la señora mientras se hacían las batatas. Me llegaba el olor de los hierros calientes sobre las brasas y oía a Christophine quejarse de vez en cuando: «¡Jesús! ¡Qué calor!». Después se secaba el sudor de la frente con un trapo húmedo y decía: «¡Cristo bendito! ¡Qué calor!». A sus pies desnudos, estaba su hijo Baptiste, en cuclillas, machacando almendras verdes para el postre.

Me di cuenta de que la señorita Stella se aprovechaba de la situación y se colaba en la cocina vacía, que ella llamaba el agujero negro de Calcuta, a coger un poco de leche para el cachorro. Sacó la leche en una lata de sardinas y la puso en el camino de baldosas. El perrito se puso a dar unos lame-tazos torpes a la lata. Me quedé allí, apoyada sobre mi escoba, observando a las niñas y al cachorro. Sabía que en unas horas todo sería distinto para ellas y me preguntaba hasta qué punto les cambiaría la vida el regreso de su padre. Eso mismo se estaban preguntando ellas, porque mientras las miraba, oí que la señorita Stella decía:

—Joan, ¿te acuerdas de papá?

—No —respondió la señorita Joan mientras inclinaba un poco la lata de sardinas para ayudar al cachorro. Miró hacia donde estaba yo, pero no me vio. Me fijé en su cabecita cuadrada, que tenía la misma forma que la de la señora, y en sus ojos verdes, más pequeños que los de la señorita Stella. Parpadeó y se quitó una costra de la rodilla. Así era la señorita Joan: se caía todo el rato y le gustaba, hacía lo posible para que las heridas durasen mucho tiempo.

—¿Sueñas con él alguna vez? —preguntó la señorita Stella.

—Mucho —dijo la señorita Joan—. Pero en mis sueños es tan viejo como el abuelo.

—Yo también sueño —dijo la señorita Stella en voz baja.

—Pero tus sueños siempre son horribles —dijo la señorita Joan.

—Si te contara algunos de mis sueños sobre papá —dijo la señorita Stella—, te alejarías de él para siempre.

—Me pregunto por qué no ha vuelto a casa hasta ahora —dijo la señorita Joan—. La guerra terminó hace dos años, pero papá seguía por ahí en el continente y en Inglaterra, y de repente se ha acordado de que tiene una familia...

—A lo mejor se ha visto envuelto en otra lucha, una lucha más bien privada que desconocemos —dijo la señorita Stella.

—A lo mejor —dijo la señorita Joan. Agarró al cachorro por las patas delanteras—. Bueno, ¿cómo vamos a llamar a este perrito adorable que he comprado por tres chelines y seis centavos?

—Se me han ocurrido dos nombres —dijo la señorita Stella—. Uno es Flandes y el otro es Flanes. Si papá quiere hablar de la guerra y parece orgulloso de cómo fue de un lado a otro disparando a alemanes y turcos¹⁴, le pondremos Flandes¹⁵. Pero si está más bien destrozado, te acuerdas de esos telegramas, ¿no? Cuando decía que lo mandaban a casa porque estaba impedido y todo eso, bueno, si está hecho un manojo de nervios, al cachorro lo llamaremos Flanes.

No me parecía normal que las chicas hablaran de esa manera. Así que dejé la escoba y las metí en casa. Les dije

¹⁴ El Imperio otomano entró en la Primera Guerra Mundial estableciendo una alianza con Alemania, en oposición a la Triple Entente formada por Gran Bretaña, Francia y Rusia.

¹⁵ Los campos de batalla de Flandes, en Bélgica, fueron uno de los escenarios más importantes y dramáticos de la Primera Guerra Mundial. El poema «En los campos de Flandes» (1915), del canadiense John McCrae, contribuyó a situarlos en la memoria colectiva como sinónimo de sacrificio heroico, tanto en Canadá como en todo el Imperio británico.

que le contaría a su madre lo del cachorro si no se aseaban antes del almuerzo. Pero no pude regañarlas cuando recordé que la señorita Stella tenía cuatro años la última vez que vio a su padre, la señorita Joan dos y medio, y la señorita Natalie todavía estaba mamando.

Llevé a la señorita Natalie abajo y la ayudé a sentarse en su silla. Estaba muy pálida y temía que le diera un ataque repentino de malaria y estropearla la bienvenida. Estaba ahí sentada como una muñeca, el pelo amarillo le bailaba alrededor de la carita blanca, mientras suplicaba a sus hermanas que la dejaran jugar con el cachorro después de comer.

Veíamos las rendijas de luz, oíamos los sonidos y olíamos los olores de la isla a través de las venecianas verdes del comedor de abajo. Cuando soplabla el viento de la bahía, llegaba el olor de las mercancías recién desembarcadas en la aduana, también el perfume intenso y fresco del aceite de lima y de las cajas de naranjas listas para enviar a Nueva York. Las niñas engulleron el pescado, el ñame¹⁶ y el aguacate en rodajas como si lo único que quisieran hacer todo el día fuera comer.

—Su madre se ha echado un rato —les dije—. No ha comido nada todavía.

—Cuando empezamos a usar esta habitación como aula, me dejé de gustar —dijo la señorita Stella.

—Menos mal que mamá ha renunciado a ocuparse de nuestra educación —dijo la señorita Joan, aplastando una mosca y poniéndola bajo su vaso—. Ojalá fuéramos mulatas¹⁷ y pudiéramos ir al convento¹⁸ con todos los niños mu-

¹⁶ El ñame es un tubérculo alargado (*Discorea esculenta*) parecido al boniato, pero con la corteza dura y el interior blanco. Se le da un tratamiento culinario muy similar a la patata. Se cree que el nombre tiene origen africano, *nyami*, 'comer'.

¹⁷ *Coloured* en el original. En el contexto del Caribe anglófono, este término se usa para referirse a personas de etnia negra y blanca.

¹⁸ Alusión al convento escuela fundado en 1857 en Roseau, Dominica, por la Congregación de Nuestra Señora de la Fidelidad. Esta orden reli-

latos, en lugar de tener clase con *mamselle* Bosquet y el doctor Garon.

—Ya es por la tarde —dijo la vocecita de la señorita Natalie. La señorita Natalie no sabía pronunciar la erre fuerte. Las otras dos se burlaban de ella. Decía «ede» en lugar de «erre», decía: «Quiero más *devuelto*» y las otras dos chillaban y se echaban a reír. Como aquel día no había forma de que estuvieran quietas, las dejé jugar hasta que les entró calor y se agotaron, entonces las mandé a su descanso de la tarde. Las dos pequeñas fueron obedientes y se echaron en sus habitaciones ventiladas, pero la señorita Stella tomó al cachorro en brazos y se sentó entre los helechos, sobre el pozo sin fondo.

Mucho tiempo atrás, cuando los franceses eran los dueños de la isla¹⁹, perforaron este pozo, y a la señorita Stella le gustaba decir que era mágico. Estaba bien sellado con planchas de madera y plantas por encima, pero la señorita Stella

giosa católica fue creada por la noble francesa Henriette Le Forestier d'Osseville con la ayuda de su padre en 1831, en agradecimiento a la curación de la hermana de esta. Henriette sería más conocida posteriormente por su nombre religioso de madre Santa María. Años más tarde, la Congregación estableció un orfanato en Londres para atender a los niños huérfanos a causa de la Gran Hambruna irlandesa, teniendo como capellán al padre Michael Vesque. Cuando este fue nombrado obispo de Roseau, recibió la ayuda de las religiosas para consolidar lo que se convertiría en la primera escuela secundaria e internado femenino de la isla. En la novela, Cornélie fue educada en esta institución católica, que también contaba con un noviciado, del cual se sugiere que fue expulsada por su relación con Andrew.

¹⁹ El asentamiento europeo en Dominica comenzó a en los años 1690 con la llegada de leñadores franceses. El dominio francés se mantuvo hasta que la isla fue cedida oficialmente a los ingleses tras el Tratado de París (1763) que puso fin a la guerra de los Siete Años. Dado el interés estratégico de la isla, situada entre las dos colonias francesas de Martinica y Guadalupe, los franceses vieron en el estallido de guerra de la Independencia Americana una oportunidad de recuperarla, y la colonia pasó temporalmente a manos francesas durante un período de cinco años (1778-1783), para ser devuelta a los ingleses tras el Tratado de Versalles.

decía que veía el agua negra a través de una grieta, y que un día un espíritu del agua rompería las planchas de madera y lanzaría un encantamiento a la casa. Cada vez que quería pedir un deseo, daba siete vueltas alrededor del pozo y comía semillas de helecho. Salí con mi labor y me senté cerca de la señorita para que no se metiera en ningún lío. Nos quedamos sentadas sin movernos y, de repente, oí un sonido leve en medio de la calurosa quietud: era la señora cepillándose el pelo en su tocador, frente a la ventana.

—Madre mía —dijo la señorita Stella—. Pensaba que ya se lo había cepillado y que se lo había recogido.

—Es porque a su padre le entusiasma el pelo de la señora —dije sin saber cuánto podía compartir con la señorita Stella.

—Ah, eso ya lo sabía —respondió—. Christophine me ha contado que le oyó decir que era la crin de un orgulloso caballo de carreras de color negro.

—La lengua de Christophine es más larga que la soga de un verdugo —dije.

—Bueno, no te enfades, Lally —dijo la señorita Stella—. Supongo que lo dijo como un cumplido.

Durante este tiempo, los vecinos y gente de toda la isla habían traído flores y otros regalos a la señora para mostrarle su alegría porque ya no estaría sin su hombre. Por la mañana temprano tuve que ir a poner unos trapos en la campana del portón de atrás, porque hacía más ruido que un Domingo de Pascua. Cuando Coralita-bocazas trajo las *fraises* de Laudat²⁰ envueltas en una hoja de *dasheen*²¹, le

²⁰ Así en el original, donde se utiliza el término francés. Laudat es un pueblo del interior de Dominica situado a gran altitud y con elevada pluviosidad.

²¹ *Dasheen* procede del francés *chou de Chine* (literalmente, repollo de China). Se refiere a la *Colocasia esculenta* o taro, una planta herbácea que se da en zonas tropicales húmedas. También se llama malanga o mafafa. Tiene un tubérculo subterráneo que puede llegar a alcanzar un tamaño de 6 cm de diámetro. Las grandes hojas en forma de corazón son de color

dijo a Christophine, a quien le gustaba hablar en voz baja con ella: «*No'stá* bien que una señora joven no *s'ocupe* de nada más que sus hijos y, contrariamente, después de una guerra es buen momento *pa'hacer* niños». Pero ahora se había instalado el silencio por las calles, la gente estaba descansando del calor. Christophine roncaba en la cocina, tumbada sobre la repisa grande, bajo la cómoda, con la cabeza entre los cacharros y los pies sobre un saco de patatas.

—Claro que yo he leído muchos cuentos —dijo la señorita Stella— sobre un novio principesco que había luchado en la guerra y una princesa que se peinaba mientras esperaba sobre una roca o en una torreta...

—No salte con tanta fuerza sobre las tablas del pozo —le dije—. A ver si se van a pudrir y se va a caer usted por el agujero. Entonces, ¿qué será de esas aventuras en tierras extranjeras que siempre planea tener cuando sea mayor, señorita Stella?

No me hizo caso; siguió saltando. Hasta que oímos una voz desde arriba y vimos a la señora asomada al balcón. Se parecía tanto a la joven señora que vi cuando la señorita Stella acababa de nacer. Solo que ahora estaba enfadada.

—Lally —dijo irritada—, en cuanto se despierten las pequeñas, vístelas a todas y sácalas de casa. Llévalas a la biblioteca, adonde sea. ¡Stella! Deja de saltar sobre esa cosa peligrosa. —Entonces la señora vio al cachorro—. ¿De dónde has sacado ese cachorrito, cielo? —le preguntó a la señorita con una voz distinta.

Me di cuenta de que la señorita Stella estaba luchando consigo misma. Todavía no podía confiar en su propia manera de ser. A veces me daba la impresión de que la señorita no valoraba mucho la lealtad.

—Lo compró Joan —respondió.

verde intenso, púrpura o verde oscuro y crema, según la variedad. En Asia y el Caribe se aprovecha casi toda la planta, pero si se come cruda, es imposible de digerir y produce problemas gastrointestinales. (*N. de la T.*)